

España e Israel: ¿Dónde está Micòl?

0 votos

119 comentarios



Enric Juliana | 08/01/2009 | Actualizada a las 09:24h | Política

La pregunta de ayer era, ¿por qué tan poca gente defiende a Israel en España? Una ofensiva militar nunca es fácil de justificar. Y todavía lo es menos cuando mueren civiles. Y aún es menos explicable cuando los medios de comunicación exhiben sin cesar las imágenes de niños muertos. La televisión transmite con gran eficacia el drama humano en situaciones límite, pero tiene dificultades para ir más allá de la epidermis de los conflictos. La opinión pública española tiene la piel irritada estos días, no hay duda. Pero la pregunta inicial admite varias respuestas.

MÁS INFORMACIÓN



A FONDO

Oriente Medio

- [¿Por qué tan poca gente defiende a Israel en España?](#)
- [España e Israel: el antijudaísmo católico](#)

PALABRAS CLAVE

[Italia](#), [Israel](#), [Holocausto](#), [Franco](#), [Alemania](#), [Saboya](#), [América](#), [Francia](#), [Polonia](#), [Trieste](#), [Budapest](#), [Vittorio](#), [Auschwitz](#), [Monarquía](#), [Mussolini](#), [Constitución](#), [Guerra Civil](#), [Reyes Católicos](#), [Indro Montanelli](#), [Madrid](#), [Estado](#), [Turín](#), [Segunda Guerra Mundial](#), [Eje](#), [David](#)

Hoy quisiera apuntar una que creo relevante. La sociedad española, a diferencia de lo que ocurre en otros países europeos, nunca ha tenido sentimiento de culpa por el Holocausto. Nunca se ha preguntado dónde está Micòl. Nunca se ha preguntado por qué ya no hay nadie en el jardín de los Finzi-Contini.

"Il giardino dei Finzi-Contini" ("El jardín de los Finzi-Contini") es una bellísima novela del escritor boloñés Giorgio Bassani, traducida desde hace años al castellano y al catalán, y llevada al cine por Vittorio de Sica, con Dominique Sanda en el papel principal. La novela narra la amistad que lentamente va transformándose en amor, entre un adolescente de Ferrara y la joven Micòl, hija de los Finzi-Contini, una familia judía de la ciudad que vive en una elegante mansión con un gran jardín. Es el viaje de dos adolescentes hacia la madurez, que se ve bruscamente interrumpido el día en que Micòl y sus familiares desaparecen. El régimen fascista italiano ha aprobado las leyes de persecución racial y los judíos

italianos comienzan a ser entregados a los alemanes. Año 1937.

En el catálogo de barbaridades de la Guerra Civil y del franquismo no figura la persecución racial, por la sencilla razón de que en España prácticamente ya no había judíos. Como es bien sabido, estos fueron expulsados a lo largo del siglo XVI, tras el decreto de los Reyes Católicos de 31 de marzo de 1492. La Guerra 1936-39, las represalias en el bando republicano y la feroz represión franquista mataron a mucha más gente que el fascismo italiano, que amedrentó con la porra y el aceite de ricino, fusiló poco y envió a centenares de miles de jóvenes a morir en los campos de batalla de la Segunda Guerra Mundial (verdadera causa de su caída en desgracia, tras haber obtenido un fuerte arraigo popular).

El fascismo italiano habría sido una comedia de mal gusto, como tantas veces repetía el periodista Indro Montanelli, de no haber firmado Mussolini (con el beneplácito del Rey Víctor Manuel III), las leyes de persecución racial, al servicio de la paranoia hitleriana. Miles de judíos italianos fueron deportados a los campos de exterminio de Alemania y Polonia. Micòl seguramente murió en Auschwitz. En territorio italiano sólo hubo un centro de internamiento, la Risiera de San Sabba, un viejo almacén de arroz en la ciudad fronteriza de Trieste.

Las leyes de persecución racial han pesado y siguen pesando sobre la conciencia de la Italia democrática; se llevaron por delante a la Monarquía (los Saboya nunca podrán lavar esa mancha), y justifican que la Constitución italiana de 1948 prohíba formalmente la reconstrucción del Partido Fascista y el saludo a la romana (con la consiguiente readaptación democrática o semi democrática de la corriente popular fascista).

Tampoco hemos tenido en España un Primo Levi, el ingeniero químico de Turín, también judío, que publicó en 1956 uno de los más conmovedores relatos que se han escrito sobre la vida en los campos de concentración: "Se questo è un uomo" ("Si esto es un hombre"). Pese a la victoria de los aliados y al restablecimiento de la democracia en Italia, Levi tardó diez años en poder publicar su primer libro. Los editores consideraban que la sociedad estaba demasiado fatigada por la guerra. Cualquier republicano superviviente de los campos de exterminio nazi que hubiese querido emular a Primo Levi, habría tenido que esperar a la muerte de Franco para publicar su libro en España.

Se ha construido en los últimos años, una cierta leyenda de la benevolencia de Franco con los judíos. Es verdad que el régimen aceptó que algunos se instalarán en España o huyeran a América a través de España (especialmente, a partir del momento en que comenzaba a no estar clara la victoria militar del Eje en la

Segunda Guerra), y es totalmente cierto que algunos cónsules españoles, especialmente Ángel San Briz en Budapest, salvaron la vida a miles de judíos con un comportamiento heroico que ha sido reconocido por el Estado de Israel. ¿Siguieron órdenes de Madrid, o actuaron a título personal ante la repugnancia que les provocaba la persecución racial? No olvidemos, sin embargo, que España ya era un país sin minoría judía. A lo largo del siglo XVII, España dejó de ser un país con minorías raciales. Quizá por ello, engendró otro tipo de minorías.

Podríamos decir que España ha recuperado la democracia en la periferia del sistema de valores europeo, muy marcado por el Holocausto. En muy pocas ciudades españolas hay una plaza o un monumento que recuerde el acontecimiento más atroz de la experiencia europea. Sabemos de él por los libros, pero nunca conocimos a Micòl.

Por ello hay diputados de partidos de izquierda que acuden tranquilamente a manifestaciones que concluyen con la que quema la bandera de David. Algo que muy difícilmente haría un diputado socialista, comunista, ecologista o republicano de Italia, de Francia, o de Alemania.

No, nunca conocimos a Micòl.